

EL HOYO

Sentada en el rebalaje de la Playa del Cable, al caer la tarde, vi a lo lejos una cometa haciendo piruetas en el aire. Sujetando los hilos estaba mi hermano disfrutando con su nuevo juguete, ilusionado como un niño, o consiguiendo ser el niño que cada adulto lleva dentro y que a veces o casi siempre, lo vamos alejando y dejando atrás en el camino de la vida.



Eché a andar hacia el lugar donde me guiaba el planeo constante de la cometa. De pronto me llamó la atención, un hombre rodeado de varios chiquillos y chiquillas, que lo miraban alucinados. Hacía el HOYO más gigantesco, que jamás, ni los pequeños ni yo habíamos presenciado en nuestras historias de juegos con la arena húmeda a orillas de la Mar. El hombre sumergido casi hasta los hombros en su obra, extraía la tierra con tal ímpetu, que los montones de arena salían volando y se depositaban, con gran maestría, en una enorme pirámide resultante de la tierra excavada.

Aquellas niñas y niños con su expresión venían a decir: *“ni locas ni locos, nos metemos ahí dentro, para que nos trague la tierra para siempre”*.

Me paré a contemplar la escena. El diámetro del HOYO podía dar cabida a quince chiquillos, sobrepasándolos medio metro de sus cabezas, o a una tonelada de sandias o a tres caballos... ¡Dios mío! ¿Para qué y por qué hacía semejante hoyo? Excavaba con tal agitación y frenesí, que parecía trabajar a destajo azotado por negreros sin sentimientos, y no jugando como requieren estos menesteres a las orillas de la Mar... La cara de cada niña y niño era entre pavor y admiración. Pavor por si se les hacía descender a esas entrañas de la tierra, absorbidos por la gran boca devoradora. Y admiración por los logros del “amplio y hondo” proyecto, que requería fuerza y constancia.

Desconozco el final de la historia y también los motivos de la descomunal perforación, solo he querido recrear una escena playera por lo impactante del excavador frenético y las expresiones de todas las personillas diminutas que rodeaban el HOYO.

Para terminar diré, que deseo sea este un homenaje a todas las personas adultas que juegan con sus diminutas proles en los rebalajes. Donde la materia prima es la arena, piedrecitas, plumas de gaviotas y algas. Las herramientas cubos de colores, palas y rastrillos, o simplemente las manos. Personas ya crecidas que son capaces de echar buenos ratos dando cuerpo a fantasías compartidas. Niños y niñas, aun creciendo y que lo que más quieren y necesitan, es eso, tiempo de sus padres y madres y juegos compartidos y presencias reales. Personas en desarrollo que necesitan tan solo ser amadas, vistas, y atendidas.



Concha G^a Benítez
Socia de Marbella Activa